

La enseñanza en Inglaterra: directrices generales

JOSE JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca

La intención de estas páginas es modesta. No trato de ofrecer un estudio a fondo, ni siquiera una información sistemática sobre el tema de la educación inglesa. Sólo quiero recoger aquí un haz de notas, tomadas al vuelo, en mi último viaje a Inglaterra, y organizarlas en torno a la doble faceta del subtítulo que figura en la cabecera de este artículo.

Advierto que el viaje no tuvo ni la duración—escasamente dos meses—, ni la extensión en cuanto al recorrido, que un examen completo del problema educativo en Inglaterra exigiría. Además, lo pedagógico era marginal en la finalidad del viaje.

Hago esta salvedad para justificar ante los lectores el valor anecdótico y disperso que tal vez observen en la aportación de datos y apreciaciones. Pero, aunque anecdótico, no dejan de constituir todo un sintoma, sobre todo cuando se los encuadra en un cierto paradigma, que tiene ya su confirmación en el testimonio de escritores autorizados sobre la materia. Entonces, lo anecdótico, lo disperso, cobra categoría de principio, de norma, de dirección orientadora.

Este es precisamente el valor que yo quisiera dar a estas páginas; un valor de orientación, de ejemplaridad, para que nuestra educación española, de signo tan distinto en muchos aspectos a la inglesa—piénsese en la geografía, en la historia, en la religión de nuestra Patria—, a vista de ajenos logros, se estimule a más altas y más nobles metas, fiel en todo momento al *plus ultra*, que es el lema de nuestro escudo y debe ser el lema de nuestra vida.

Para dar una cierta unidad a mi exposición, presentaré primero algunas directrices generales que más han llamado mi atención en mis visitas a centros educativos y en mis conversaciones particulares sobre la educación inglesa; luego me detendré a exponer el funcionamiento de una escuela primaria y otra secundaria; para terminar, recogeré algunos datos sueltos referentes a la enseñanza universitaria y al funcionamiento de algunos centros de cultura superior.

Me interesa hacer constar que en este informe busco más una impresión de conjunto que el hacinamiento de datos, aunque, con relación al funcionamiento de los distintos tipos de enseñanza, los datos serán bastante concretos y seguros, por haberlos tomado personalmente en una encuesta suscrita por los responsables de dichos centros docentes.

1. DIRECTRICES DE LA ENSEÑANZA INGLESA

A poco que uno se asome a otear la marcha de la enseñanza en Inglaterra, se da cuenta con cierta facilidad de que las características o directrices fundamentales de la misma son: protección estatal en gran escala, tendencia a fomentar la libertad del individuo y el sentido personal de dignidad humana, una cierta indiferencia religiosa unida a un marcado matiz utilitario. Puntualicemos un poco esta apreciación.

1. PROTECCION ESTATAL A GRAN ESCALA

El interés desplegado por Inglaterra en favor de la enseñanza—en todos sus grados y en todas sus formas—es notorio. Desde los jardines de infancia hasta los centros universitarios, en sus múltiples manifestaciones, incluidas las escuelas profesionales y confesionales, y establecimientos privados, todos reciben apoyo y protección del Estado. Esta protección estatal tiene un índice elocuente en el presupuesto de la nación, que arroja cantidades fabulosas con destino a mantener e incrementar de año en año los centros docentes.

El Estado, por medio de la administración nacional o del distrito, costea la totalidad de la enseñanza, tanto la oficial como la privada. A ésta—a la privada—sólo le exige que llene unos determinados requisitos legales para su funcionamiento; pero una vez obtenido el permiso del Ministerio de Educación, a éste corresponde levantar las cargas de la enseñanza: material escolar, textos, pensión de profesores, etc., y lo que es más, incluso el sustento de los alumnos mientras permanecen en el centro respectivo. Y nótese que el sueldo anual de un maestro de primera enseñanza se redondea en 1.500 libras, cantidad equivalente a pesetas 250.000. Debe advertirse, con todo, que la vida en Inglaterra está mucho más cara que en España. Aun así, la condición social y económica de los maestros en Inglaterra está muy por encima a la de nuestros maestros nacionales.

El interés del Estado por la enseñanza hace que, lejos de poner trabas, favorezca y fomente por todos los medios posibles la apertura de nuevos centros, sin distinción de matiz político o religioso. En su deseo de ampliar lo más posible la extensión cultural, siente la

necesidad de nuevos locales, y ante la imposibilidad de constituirlos al ritmo que exigen las necesidades acepta complacido los que le ofrecen entidades particulares, sobre todo si van acompañados de la correspondiente plantilla de profesores. Este clima de favor ha permitido a la Iglesia católica—en situación notablemente minoritaria en Inglaterra—incrementar sus centros de enseñanza, de tal suerte que casi no hay parroquia católica que no tenga su correspondiente escuela primaria, sostenida en lo económico por el Estado, y dependiente, en cuanto al personal y su funcionamiento, de la autoridad eclesiástica. Así se completa la obra de formación parroquial y se estrechan los lazos de unión entre las familias católicas. En cuanto a escuelas secundarias, aunque—como se comprende—no las pueden sostener todas y cada una de las parroquias, son, sin embargo, bastantes las interparroquiales y están prestando un magnífico servicio en orden a la preservación cristiana de la juventud católica. Más adelante veremos el funcionamiento de una de estas escuelas primarias y otra secundaria de carácter parroquial.

2. FOMENTO DE LA LIBERTAD INDIVIDUAL

Inglaterra se gloria de ser una nación libre—*a free country*—. Sus políticos conocen el valor de esta palabra ante la opinión pública. Los maestros y profesores ingleses, conscientes de su misión social en la formación de los hombres del mañana, procuran rodear a sus educandos de un ambiente de franca libertad. Esta tendencia, que ya se nota en la primera enseñanza, está más acentuada en los centros de enseñanza media y universitaria.

En segunda enseñanza no todas las materias son obligatorias para todos. El alumno puede escoger algunas por propia iniciativa, según sus preferencias o las perspectivas del día de mañana. Mientras a un muchacho aventajado se le doblarán las clases de matemáticas o las de lenguas clásicas, a otro medianamente dotado se le rebajará la dosis de matemáticas, se le dispensará incluso totalmente de las clases de latín y griego para que emplee ese tiempo en adiestrarse en algún peritaje industrial o profesional. Si no puede salir un buen bachiller, que salga por lo menos un buen electricista, un buen mecánico o un buen carpintero.

Pero la iniciativa personal está todavía más acusada en la enseñanza universitaria. En ella el alumno se organiza su plan de estudios bajo la supervisión de un profesor, que recibe el nombre de tutor. Con él tendrá que departir frecuentemente en plan confidencial durante todo el curso comunicándole las incidencias de su trabajo, dificultades, progresos, deficiencias, nuevas perspectivas, etc. Este sistema de tutelaje somete al alumno a un trabajo personal más intenso y más en consonancia con sus gustos y aficiones, disminuye notablemente el número de lecciones diarias obligatorias, pero como contrapartida absorbe de tal forma la actividad del profesor, que prácticamente lo anula para todo ulterior trabajo de investigación. En Oxford, donde este sistema está implantado con más amplitud, me decía un profesor que llevaba varios años sin encontrar otro tiempo para los estudios de su especialización que el mes escaso que le quedaba de vacaciones en verano. ¡Tal era el agobio a que le sometía la tutela de sus encomendados!

El sistema de internado, tan común en los centros universitarios de Inglaterra, aunque arranca de aquellos siglos en que reinaba una obsesión acuciante por

la autoridad y encierra un cierto criterio de recelo y desconfianza, hoy día poco a poco se ha ido dignificando, haciendo que la responsabilidad la ejerzan los propios colegiales, fomentando en ellos conjuntamente el sentido de la libertad y de la responsabilidad. Ciertamente que aún quedan, sobre todo en Oxford, donde el sistema de Colegios se conserva con más rigor, algunos usos y prescripciones reglamentarias que parecen opuestas al principio de libertad. Tal es, por ejemplo, el uso de determinadas blusitas—tipo tratante—y ciertas gorras anacrónicas, que, sobre todo, tratándose de universitarias, causan impresión de pena. Pero, en general, aun en los Colegios de tradición más austera, el nervio de la disciplina se ha aflojado, haciéndola más flexible y más humana, en aras de la libertad individual.

Bien es verdad que no todos usan de ella con el decoro y la dignidad que corresponde a la persona humana y que algunos se desmandan, aunque no sea más que en fuerza de aquel impulso interior que nos empuja a lo malo y a actuar en contra de la disciplina. No en vano atestiguaba Ovidio en *Amores* 3, 4, 17:

Nitimur in vetitum semper cupimusque negata.

Por esa razón se impone un código correccional. Esto es común a todos los centros educativos, y su objetivo es no precisamente atentar contra el principio de libertad, sino servir de control de la misma, corregir sus desvarios y encauzarla con prudentes medidas.

Así y todo, hay actitudes a las que difícilmente se someterían los universitarios del continente europeo. En Oxford, el día de la inauguración de curso se dirigen los nuevos universitarios y universitarias, uniformados y en fila de tres en fondo—como chicos de primera enseñanza—, a recibir en la Bodleian Library las consignas de sus autoridades académicas, y con ellas un folleto impreso con las normas de conducta y disciplina exigidas por el reglamento de la Universidad. Esto es sin duda una reminiscencia antigua, vistosa—si se quiere—y digna de ser captada por las cámaras de la televisión; pero en la actitud de aquellos jóvenes universitarios parecía adivinarse un cierto aire de protesta, como si quisieran salir por los fueros de la libertad, que es una de las conquistas de que más se precia todo estudiante inglés.

3. SENTIDO DE LA DIGNIDAD PERSONAL

La libertad en la educación inglesa tiene como contrapeso el sentido de la dignidad personal, o, si se quiere, la ética que podríamos llamar del *gentleman*. Esta palabra constituye para todo inglés culto un ideal y un afán incansable por realizar en la propia persona lo que ella significa. Ella supone dominio, cultura, cortesía, señorío; es como la floración y coronamiento de toda buena educación. Este sentido de dignidad personal los maestros tratan de despertarlo en el ánimo de sus alumnos de mil maneras ya desde la enseñanza primaria.

Por de pronto, son exigentes en cuanto a la presentación de los alumnos. Vestido, calzado, peinado, cartera, plumier, libros, todo lo que pertenece a su persona o está relacionado con ella debe llevar el sello de la pulcritud y del orden, que son las dos grandes cualidades que acreditan el señorío personal. Por esta razón es común, en casi todos los colegios, el uso de uniforme con el emblema propio de cada centro y la gorra, prenda típica de los estudiantes ingleses. Estos emblemas, que muchas veces tienen ascendencia de

siglos, recuerdan el nombre de personajes de fama mundial y contribuyen así a forjar en el ánimo del alumno el sentido de la propia dignidad, avivada por la idea de la gloria en ellos acumulada.

El maestro inglés es profundamente patriótico. Conoce bien los hechos memorables de la historia de su país y conoce también a sus héroes. Sus explicaciones van prudentemente ribeteadas con estos recuerdos. Por este camino va despertando en sus alumnos el amor a la patria y el deseo de imitar a sus héroes. Así se va educando en los niños el sentido de la gloria y de la dignidad personal. En los libros de lectura infantil no faltan los relatos elogiosos de su patria y de sus grandes hombres.

Otro factor que también contribuye a esta formación de la dignidad personal es la mutua competencia de los diferentes centros de estudio. Esto tiene particular aplicación cuando se trata de escuelas confesionales, o, en zonas universitarias, donde abundan los llamados *Colleges*. Se comprende que en esos casos se sienta más al vivo la responsabilidad del centro que uno frecuenta. El espíritu de cuerpo obliga a una vigilancia más severa de la propia persona, porque una conducta poco digna es una mancha que puede desautorizar al centro al que uno pertenece.

Pero la dignidad personal no impide el compañerismo y la camaradería aun con individuos considerados como de razas inferiores. El inglés culto—socialmente al menos—ha llegado a la superación del estadio de diferenciación racial. A Inglaterra llegan de todo el *Commonwealth* riadas de hombres de toda raza y color. Por las calles, lo mismo que en las escuelas, hemos visto mezclados, sin estridencias ni aversiones racistas, muchachos blancos, amarillos y negros. Incluso alguien me dijo que se nota un marcado interés por la enseñanza por parte de los pueblos de color, llevados tal vez del deseo de la propia superación, buscando una situación ventajosa en la sociedad. Hay un dato muy significativo a este respecto. Uno de los días que fui a la biblioteca de la Universidad de Londres, en la sala «Middlesex Library North», hacia las once de la mañana estábamos reunidos 42 lectores; 31 de ellos, a juzgar por las facciones y el color de la cara, eran africanos o asiáticos; los 11 restantes, europeos o americanos. Es un dato revelador de este interés cultural de las razas de color.

4. PROYECCION DE LA ENSEÑANZA HACIA LA VIDA

Diríase que los ingleses han adoptado como lema de su sistema educacional aquel viejo axioma latino: *Non scholae sed vitae discimus*. La enseñanza inglesa tiene una dirección muy marcada hacia la vida. Es de signo profundamente pragmático. Y esta dirección se va acentuando cada vez más, conforme se debilitan los grandes principios espirituales que deberían regular todo sistema educativo. Así, es fácil advertir cómo en la zona universitaria de Londres han ido multiplicándose las escuelas relativas a la técnica moderna, que, junto con las antiguas facultades de medicina, ciencia, ingeniería y economía, acaparan el contingente más elevado de alumnos. Un dato revelador es el incremento que se va produciendo de año en año en los centros tecnológicos y técnicos de Londres. En el curso 1960-1961 había un total de 4.842 alumnos universitarios de esta especialidad; al curso siguiente, 1961-1962, eran ya 5.393. Los otros grupos se mantienen sin aumento sensible.

Tal vez nos explique también esto por qué el con-

tingente femenino de estudiantes universitarias no es tan elevado aquí como en otros países de Europa y América. La mujer prácticamente no tiene tantas salidas como el hombre con la carrera universitaria. Por eso está en la universidad en abierta inferioridad al hombre. En el curso 1960-1961 la Universidad de Londres registró un total de 22.589 estudiantes, de los cuales sólo 6.443 eran mujeres, es decir, un 28,5 por 100. Este dato contrasta con el esfuerzo hecho por el Gobierno inglés para extender y universalizar la enseñanza primaria y secundaria a toda clase de personas. Y esta disminución de elemento femenino está todavía mucho más acentuada en Oxford, donde, según me dice el profesor Trumann, sólo funcionan cuatro colegios para muchachas universitarias, frente a 24 destinados a muchachos. Es comprensible esta desproporción si se considera que Oxford cuenta con una universidad que lucha por mantener su antiguo prestigio cultural, en pugna con el utilitarismo moderno.

La tendencia utilitarista de la enseñanza ha influido también de manera decisiva en la polémica planteada entre antiguos y modernos, entre el predominio de la cultura clásica o el de la cultura contemporánea. Las dos universidades de más historia en Inglaterra—Oxford y Cambridge—, tras un duro batallar, al fin han tenido que ceder, abandonando algunas de sus posiciones favorables al latín y al griego, al menos con aquellos estudiantes que no siguen la carrera de Artes o de Letras.

En la enseñanza media también hay datos significativos a este respecto. Además de la preparación teórica, que permite ciertos reajustes según la condición del sujeto, en los centros bien montados funcionan instalaciones donde los muchachos y muchachas se preparan para determinadas tareas domésticas o profesionales. Para los muchachos hay talleres de electricidad, de mecánica, de carpintería, de encuadernación, de construcción con manipulación de ladrillos y argamasa, preparación del caldo para el blanqueo, etc. Y para las muchachas hay montada una sala de cocinas, donde se ensayan en el arte culinario; cuartos de aseo con sus duchas y bañeras, donde se adiestran en la limpieza de las dependencias domésticas; salas de corte y confección, de bordado, de labores de punto. Todas estas dependencias y oficinas están dirigidas por uno o varios profesionales, que completan la labor cultural del profesorado y preparan a los futuros bachilleres para la vida.

La misma orientación se advierte ya en las escuelas de primera enseñanza. Además de la enseñanza que podríamos llamar técnica, variable según los grados—lectura, escritura, cálculo, aritmética, historia, dibujo, etc.—, el maestro se propone, ya desde las primeras letras, el desarrollo progresivo y armónico de las facultades del niño, de su carácter, de su juicio, de su sentido social; es decir, un programa lo más completo posible, de suerte que, sin perjudicar la parte cultural, tienda al desarrollo integral del alumno, preparándolo para su fácil adaptación al medio natural y social en el que, por lo general, tenga que desarrollarse su existencia. Esta orientación tiene gran importancia práctica. Se trata de armonizar la instrucción con la formación, poniendo especial empeño en suministrar al discípulo, más que un caudal más o menos rico de conocimientos, la llave para poderlos adquirir y saberlos aplicar cuando hagan falta, y esto se logra con el desarrollo de todas las facultades de la individualidad infantil. A tono con este ideal, en las escuelas inglesas se procura una educación abierta, flexible, capaz de una evolución ulterior. Nada más ajeno a la educación—, en cualquiera de sus fases, que lo hermético, lo

definitivo, lo inmutable. Toda educación debe ser susceptible de un desarrollo progresivo, lo que quiere decir que ha de ser dúctil, para adaptarse a las múltiples circunstancias de la vida, y poderosa para que llegue a germinar en frutos de madurez, según las circunstancias ambientales en que tenga que moverse la existencia del educando.

Por esta misma razón, tratándose de un país donde la libertad religiosa es considerada como una manifestación de progreso, la educación inglesa es, por lo general, aconfesional. Pueden convivir —y de hecho conviven— en un mismo centro docente alumnos de las más diversas confesiones, y aun alumnos sin confesión religiosa ninguna. El grupo de estos últimos va desgraciadamente en aumento de día en día. Una experiencia demasiado triste enseña que la libertad religiosa degenera fácilmente en crisis de la fe, y tras la crisis viene primero la indiferencia y por fin la irreligión.

Esto no quiere decir que los centros docentes den la impresión de gente irrespetuosa, y menos aún que lleguen a crearse en ellos situaciones de tirantez o de violencia. Quedan ya muy atrás los tiempos de las luchas religiosas. La convivencia —que a veces llega a

verdadera amistad— es hoy en Inglaterra ley que goza de pacífica posesión. Y esto —como puede suponerse— no como fruto de una auténtica virtud cristiana, sino, en la mayoría de los casos, como una manifestación de cultura, de aquel sentido de honradez y de nobleza que caracteriza al *gentleman*. Esto, en realidad, no es un triunfo; es más bien un retroceso, toda vez que reduce la educación a una función puramente social, sin ninguna perspectiva sobrenatural que la fundamente y le abra un horizonte más dilatado.

Naturalmente que no es esta la situación de los centros docentes de la Iglesia. En ellos es algo fundamental la educación y la formación religiosa. Pero estos centros, desgraciadamente, hoy por hoy, no abundan en Inglaterra. Por eso es tan común allí el indiferentismo religioso; el tipo de esas personas, aristócratas del dinero y de la inteligencia, que sólo tienen un sentido crematístico de la propia existencia, sin ninguna preocupación por lo que pueda haber más allá de la frontera de la vida. Algo, y algo muy importante, falla en una educación de este tipo: falla la religión, base insustituible de toda educación perfecta.

(Concluirá en el próximo número.)